

Gabriel García Márquez

Las últimas noticias que tuve de Gabriel García Márquez permitían pensar que viviría todavía un tiempo para alegrar a parientes y conocidos, amigos a raudales. Me decían que había cantado en la fiesta de cumpleaños que se le hizo en Cartagena, bajo ese magnífico sol y que, hábil, disfrazaba la pérdida gradual de la memoria mediante una sonrisa beatífica, lejos ya de este mundo que había descrito tan bien. Y no sólo las costas del Caribe sino mucho más, la vida y milagros, y sobre todo la muerte heroica y digna, de seres que brotaban imaginariamente de la historia y volvían a ella para iluminarla.

La muerte no implicó en su caso un corte brutal en un proyecto ni en una carrera literaria, sea ésta lo que fuere; se diría que se habían cumplido todos sus objetivos, suponiendo que su obra hubiera sido una respuesta a un propósito deliberado aunque puede decirse que fue realmente una respuesta a ese deseo que acecha siempre a la literatura y que se manifiesta en un siempre algo más y diferente. Puede decirse que García Márquez respondió y ese algo más se instaló en la literatura de lengua castellana como una opción que recogía los complejos procesos de conformación que recorren su historia.

Excepcional su obra y afortunada su repercusión: desde los heroicos momentos iniciales, cuando solo la lectura parecía ser la salida a una intuición y el entorno era tan tormentoso como lo que podía resultar del asedio de una muerte colectiva y generalizada, en una Colombia atrapada en una violencia sin término, sin otro porvenir que los sueños y las sagas familiares, el periodismo empezó a ser la salida hasta que en el relato lo encontró en plenitud: fusionar esas sagas con recuerdos tumultuosos de frustraciones políticas, rescatar a la lengua de la cárcel del regodeo posmodernista y tropical, inyectar de literatura un imaginario incesante y turbulento para ponerlo en claro; eso es *El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*, *Crónica de un muerte anunciada*, *El general en su laberinto* y todo lo demás y en todo un flujo verbal siempre animado y colorido, siempre rico.

Excepcional el reconocimiento y también temprano, desde el éxito editorial y las infinitas ediciones hasta el Premio Nobel y los numerosos ensayos sobre cada uno de sus textos; excepcional su generosidad intelectual y sus fidelidades políticas; excepcional su ancha sonrisa y la sutil ironía que se depositaba en cada comentario, en cada ocurrencia.

Lo conocí cuando *Cien años de soledad* se publicó en Buenos Aires en 1967 y luego tuve la suerte de compartir con él algunos momentos en Guadalajara y acaso en México y en otras ciudades. Escribí sobre algunos de sus libros y pude hablar de ellos en clases que me suenan a históricas. Afecto prudente y respetuoso, consideración cariñosa, lamento profundo por su desaparición.

